



UN NUEVO PRELADO ALABES.



ILTMO. SR. D. FR. FRANCISCO SAENZ DE URTURI, OBISPO DE BADAJOZ.

I.

La provincia de Alaba y ciudad de Vitoria, deben especial gratitud al Excmo. Sr. Angel di Pietro, Arzobispo de Nazianzo, Nuncio apostólico, y al Ilmo Sr. Fr. Francisco Saenz de Urturi, Obispo preconizado de Badajoz, por haberse dignado acceder á que sea nuestra Catedral el templo en que se verifique la solemne consagracion de este prelado. El amor, nunca desmentido, de los bascongados á su tierra natal, se ha visto patente en el espíritu de nuestro ilustre paisano, con tan feliz acuerdo, que le honra como á buen hijo, y que redundo, así mismo, en pró de la humilde tierra alabesa, pues con la resonancia del suceso, se recordará una vez más, que aunque pobre en su suelo, es, en cambio, madre fecunda en hijos eminentes. Nunca hasta hoy se ha celebrado bajo las bóvedas de nuestra muy querida iglesia de Santa María, en la que tantos de los vitorianos presentes fuimos bautizados, ni en ninguna otra de las provincias, ceremonia religiosa tan identificada con el lustre y renombre del país, como la consagracion episcopal de un hijo del mismo, enaltecida, por vez primera fuera de

Madrid, con la presencia del representante inmediato del Sumo Pontífice. Por lo mismo, la fecha de este día figurará dignamente en la historia eclesiástica de Vitoria, al lado de la del 14 de Febrero de 1498, en que se trasladó á este templo la colegiata de Armentia; de la del 16 de Agosto de 1580, en la que el doctor D. Juan de Zurbano, canónigo de esta colegiata, trajo á la misma, desde el monasterio cisterciense y cueva de Monte-Laturce, las reliquias de San Prudencio, Patron de Alaba; y de la del 28 de Abril de 1862, en que fué erigida en catedral por el Excmo. Sr. D. Jerónimo Fernandez, Obispo de Palencia y Sub-delegado Apostólico. Natural es, pues, que la provincia y ciudad celebren con el entusiasmo y pompa debidos, el inolvidable día. Hoy, de nuevo, pudiera casi repetirse, con motivo de la presencia del obispo alabes, aquel saludo, que hace trescientos once años escribieron los vitorianos sobre el arco de la puerta de Castilla, donde ahora está la plazuela de la Union, al recibir las reliquias del santo hijo de Armentia, cuyo texto, desconocido y olvidado, reproduzco aquí, para honroso recuerdo de la cultura vitoriana, para deleite de los que saben gustar de las delicias del latin correcto y elegante y en honor al Rmo. P. Urturi.

«Cives tam de sacrato munere gratulabundi, et amore sui flagrantes, quasigratiarum vicem rependentes, Excellentias, aiunt, cunctas, quibus ipsa pollet Civitas, et nitescit, inferiores esse en sola, qua ipsi tanto Præsule sibi præsente gaudent, dicuntquequamvis merito Victoria nostra ab omnibus etiam exteris a sacrorum cultu, ingenita nobilitate, mira que regiminis, et publicæ moderationis prudentia, commendatur; illam tamen hodierno die maxime prudentia extollendam singularis sui Patroni Prudentii, Viri, Vita, Norte, Miraculis Incliti Ossibus felicissime ditatan».

Es decir: «Los ciudadanos, agradecidos por tan sagrado don, y llenos de amor hácia él, para mostrar su reconocimiento dicen: que todas las excelencias que adornan y embellecen á la ciudad, son inferiores á las de tener presente á tan ilustre Prelado, y que aun cuando nuestra Vitoria es justamente celebrada por todos, aun por los extraños, por su nobleza adquirida por el sagrado culto, por la admirable prudencia de su gobierno y por sus públicas costumbres, debe, sin embargo, ser de nuevo celebrada hoy que se ve felicísimamente enriquecida con las reliquias de su singular Patrono Prudencio, inclito varon por su vida, muerte y milagros».

Al saludar al Prelado alabés, surgen en la memoria de sus paisanos los nombres y el recuerdo de los insignes obispos que Alaba ha

dato á la Iglesia y en cuya pléyade esplendorosa brillará seguramente el suyo, ya que á sus propios méritos debe el serlo y no al favor mundano y ajeno, que en todas carreras á muchos hombres encumbra, para que vivan, aun estando muy altos, completamente desapercibidos. De nuestra provincia salieron para figurar en el episcopado, entre otros hombres notables: D. Juan Rodriguez de Rojas, de la casa de este nombre en Santa Cruz de Campezo, obispo de Calahorra, (1332), y como tal perteneciente á la *Cofradía de Arriaga*, á cuyos delegados acompañó á Búrgos para ofrecer á D. Alonso XI el señorío de la provincia, encontrándose luego en el acto de la Voluntaria entrega. Don Juan Bernal Díaz de Luco, del pueblo así llamado, Consejero de Indias, catedrático de Salamanca, obispo de Calahorra, escritor religioso eminente, que por mandado del Emperador Carlos V asistió al Concilio de Trento, en compañía del sabio jesuita vitoriano Martin de Olave, en los años de 1546, 47, 51, 52 y 53. D. Martin de Ayala, arzobispo de Valencia, 1556. D. Martin de Salvatierra, vitoriano, canónigo de esta colegiata durante treinta años, obispo de Albarracín, Segorbe y Ciudad Rodrigo, 1591, fundador del Seminario y Colegio de San Prudencio, hoy Casa de Piedad de Vitoria. D. Diego de Alava y Esquivel, vitoriano, catedrático de Salamanca, escritor, obispo de Astorga, Avila y Córdoba, 1560, asistente al Concilio de Trento. D. Francisco Ali, de Esquivel y Landa, arzobispo de Caller, primado de Cerdeña, catedrático de Oñate, 1616. D. Francisco de Gamarra, de Gamarra mayor, obispo de Cartagena y Avila, 1610, hermano del general de los tercios de Flandes Esteban de Gamarra, 1604. D. Diego Gonzalez de Samaniego, de Samaniego, obispo de Mondoñedo, 1600. D. Cristobal de la Cámara y Murga, de Arciniega, catedrático de Salamanca, obispo de Canarias y Salamanca, 1640. D. Miguel de Ayala, de Yécora, obispo de Palencia y de Calahorra, 1628. D. F. Juan de Urbina y Montoya, de Berantevilla, franciscano, Comisario general Apostólico de la orden, arzobispo de Valencia y Sevilla, 1656. D. Miguel Fernandez de Oro, de Ariñez, el gran predicador de su tiempo, 1600; obispo electo de Palencia. D. Manuel de Navarrete y Ruiz de Ubago, de Elciego, historiador de los obispos de Mondoñedo, obispo de dicha diócesis y arzobispo de Búrgos, 1705. D. Juande Eulate, de Salvatierra, piadosísimo bienhechor de los pobres en su iglesia episcopal de Málaga, 1752. D. Francisco Ochoa de Mendarozqueta, de Mendarozqueta, obispo de Palencia, 1730. D. Fr. José Lo-

pez de Mezquía, de Salvatierra, maestro general de la Merced, obispo de Solsona, 1768. D. F. Fernando de Cadiñanos y Rotacta, de Vitoria, franciscano, obispo de Honduras en América, 1790. D. José de Olarraza y Ladron de Guevara de Ariñez, confesor de la princesa María Luisa, obispo electo de Orihuela, de cuyo cargo no tomó posesion, prefiriendo retirarse á su pueblo, 1788. D. Juan Saenz de Buruaga y Ortiz de Landaluce, de Berricano, catedrático de Alcalá, obispo de Lugo, en cuya catedral hizo alzar la elegante fachada y ábside, y restauró el acueducto de la ciudad, favoreciendo á los celebrados maestros constructores Lizardi y Elejalde; arzobispo de Zaragoza, 1768, y del Consejo secreto del Rey Carlos III. D. Diego de Rojas y Contreras, vitoriano de la casa de Alventos, obispo de Calahorra y Cartagena, fundador de la Casa de Piedad de Vitoria, en el antiguo Seminario de San Prudencio, gobernador del Supremo Consejo de Castilla, 1756. D. Juan José de Espada, obispo de la Habana, 1811, protector decidido del insigne sacerdote D. Domingo Ambrosio de Aguirre, de Gamarra mayor, que fundó el actual Seminario eclesiástico que lleva su nombre, en el antiguo palacio de la Real Sociedad Bascongada. D. Jacinto María Martínez Saez, de Peñacerrada, obispo de la Habana, Senador por Alaba en 1871 y 1872.

De casi todos estos preclaros alabeses se conservan especiales memorias en los templos, fundaciones y familias de esta tierra, cuyos pueblos los recuerdan con legítimo orgullo, porque hay pocas provincias que más sepan estimar el valer y renombre de sus hijos distinguidos, ni que más se afanen en agasajarles y enaltecerles, así en vida como despues de haberlos perdido.

II.

En la villa de Arlucea, perteneciente á la hermandad foral de Arraya y Laminoría, poblada por unos 30 vecinos, y lugar muy renombrado en lo antiguo por ser una de las fortalezas de Alaba, aliada en la defensa de los pasos de la sierra de Izquiz, nació de modesta familia de labradores en 1842, el nuevo obispo D. Fr. Francisco Saenz de Urturi. Su casa, de antiquísimo abolengo alabés, lleva el nombre de otra villa inmediata *Urturi*, en bascuence «Pueblo de la salida ó avan-

zado». No léjos de él, y en la misma sierra, está el llamado *Urarte* «entre los rios», y en el cual hizo sus estudios de latinidad con el profesor D. Casimiro Ráñez. Decidido á seguir la carrera eclesiástica llevaronle sus padres á Vitoria á los 15 años, matriculándole en el Seminario eclesiástico de Aguirre, cuyo Vice-Rector era entónces, su actual Rector, el muy venerable y entendido sacerdote D. Prudencio Urarte. Fueron sus profesores, entre otros que recordamos, D. Felix Eseverri, D. Melquiades Larrazabal, el P. Ampudia y D. Matías Ramirez; y entre sus muchos condiscípulos figuran D. Bernabé Salazár, D. Pedro Gonzalez Gambari, D. Ramon Prada cura de Santiago de Bilbao, el capellan Sr. Estenaga, D. Gaspar López, D. Remigio López de Alda, D. Ventura Pelaez y D. Dimas Uruñuela.

Tres años despues, en 1860, se decidió á ingresar en la Orden de San Francisco, como lo efectuó en el convento de Bermeo, donde permaneció hasta 1864, siendo sus profesores: el veterano Maestro de novicios, F. Angel Gómez de Segura de Antoñana, Vice-Rector que fué del Seminario de Vergara y primo y paisano del muy entendido y estimado Dean actual de Vitoria Sr. Motilola; el P. provincial F. Mariano Estarta, el inolvidable predicador F. Felix Villabuena; D. Domingo Barinaga y Rementerice y en fin, el sábio jóven, esperanza legítima de la Iglesia, y de Alaba, mi condiscípulo D. Dionisio López de Alda, cuya temprana muerte se lamenta tanto. Asistió á la restauracion del convento de San Millán de la Cogulla en 1866, y en él explicó la clase de filosofía. Cerrado el monasterio al estallar la Revolucion en 1868, se trasladó á Vitoria, y su Obispo le destinó á servir el curato de Contrasta. En 1869 volvió al convento de Bermeo y explicó dos cursos de Teología, hasta que, á fines de 1870, declarada la guerra civil en el país, fué comprendido en la expulsion de los religiosos.

Entónces la Orden le destinó á las misiones de América, con residencia en Bolivia. Hizo el viaje á Sucre, capital de esta república desde Buenos Aires en Junio y Julio de 1871, en compañía del respetable é ilustrado presbítero D. Cárlos Pinilla, su actual mayordomo. En aquella ciudad explicó teología, colaboró activamente en la revista franciscana *El Cruzado*, que dirigía como redactor jefe el que hoy es venerable obispo de Córdoba en la Argentina, y recorrió en el ejercicio de su ministerio los territorios todos de Bolivia y mucha parte del Perú y de La Plata. Como hombre muy docto en los conocimien-

tos históricos y etnográficos, estudió los grandes restos de las primitivas civilizaciones indígenas, anteriores á las de los Incas, y especialmente las que se conservan en Tinguanaco y lago de Titicaca, que describió magistralmente en el siglo XVI, el ínclito historiador alabés D. Agustín de Zárate, administrador en su vejez de las aduanas de Vitoria y de Salvatierra. Aprendió las lenguas *quichua* y *aimará*, para emplearlas en sus predicaciones religiosas entre aquellos apartados pueblos; fué honrado con los cargos más difíciles y de más trabajo de la mision, asistiendo como Presidente á varios Capítulos, y recorrió tres veces la república Argentina, visitando por orden del Arzobispo de Buenos-Aires las provincias del Sur, hasta Cármen de las Flores, en la época en que la fiebre amarilla producía grandes estragos en las orillas del Plata, dedicándose á la administracion de los Sacramentos, incluso el de la Confirmacion, en centenares de lejanos pueblos, que vivían en el mayor abandono. Comisionado por la Orden vino á Europa, á París y á Roma; y en 1880 como comisario de los Santos Lugares, visitó á Jerusalén y recorrió el Egipto. Regresó á América en 1881 á continuar su profesorado de Teología en la ciudad de Potosí, y sus estudios históricos en aquellas provincias, y por acuerdo del gobierno de Bolivia, desempeñó en París y Roma en 1883, especiales encargos, para el aumento de las fundaciones religiosas y para la difusion de la propaganda católica en América. Honrado con la alta distincion de Comisario general Apostólico, prelado de su Orden, en 1884, contribuyó eficazmente á la fundacion de nueve conventos de franciscanos en España, entre ellos los de Forua y Aranzazu en las provincias bascongadas; uno en Cuba y dos en Marruecos. Como Comisario fué á presidir el Capítulo de Filipinas en 1885, y al siguiente año visitó las misiones de Tetuan y Tánger. Asistió al Jubileo de Su Santidad, con la adhesion de la Orden y las de muchos miles de firmantes.

Aunque se ha dedicado de preferencia á la enseñanza y á la predicacion más que á escribir, honró la memoria de sus hermanos los misioneros sacrificados en las matanzas de Palestina, con una curiosa obra titulada *Los Mártires de Damasco*. Léjos de su ánimo estaba el volver á desempeñar el difícil cargo de Comisario general Apostólico, y era su ferviente deseo el buscar el descanso y el apartamiento del mundo en el olvidado claustro de cualquiera de los conventos de su Orden, segun lo habia manifestado á cuantos tenemos la honra de tratarle cuando se vió elevado á la jerarquía episcopal, digna de sus

trabajos, de su saber y de su envidiable valía. Igualmente querido en Europa que en América, en Roma que en Madrid, los alabeses le profesamos especialísimo afecto por lo que honra á nuestra provincia. El nuevo Obispo de Badajoz, se ha elevado por sus propios méritos, por el estudio y por la aplicacion, desde la pobre morada del labrador de Alaba á la eminente silla de Pastor de la Iglesia. No hay timbres que puedan igualarse á los que así, personalmente se conquistan. Sencillo en su trato, como hombre de verdadero mérito; modesto en su apariencia y en todos los actos de su vida; enamorado del saber; doctor y soldado incansable de la fé; ajeno, en absoluto, á toda idea y lucha política, él, que no se engrió, cuando bien jóven se vió tan distinguido y respetado por sus hermanos en la religion, no se engreirá seguramente al empuñar ahora el báculo, y será, como ha sido hasta aquí, maestro, padre y amigo de todos.

No es esta la primera vez que me ocupo de nuestro insigne paisano. En ocasion solemne, y ante sociedad tan culta y tan genuinamente vitoriana como el Ateneo, hice su justo elogio, al ocuparme de algunos alabeses tan modestos como distinguidos. He seguido esta conducta siempre, desde hace treinta años en que empecé á escribir, enalteciendo, como lo merecen, á cuantos han sobresalido en nuestra provincia, ya animándoles al empezar su carrera, ya uniéndome á sus satisfacciones en los dias del triunfo, ya tributándoles el honor debido, cuando la muerte los ha separado de nosotros. Así me lo impone en mi corazon, con irresistible fuerza, el amor que tengo á mi tierra, tan espléndidamente pagado por mis paisanos. En esta conducta persistiré. Quédese el achicar y perseguir á los que valen algo, para aquellos pocos desgraciados, que aspiran á parecer grandes, rebajándolos con su lengua ó con su pluma. Apartémonos de tales miserias y honremos siempre en sus hijos ilustres á nuestra provinciamuy querida.

Hoy, por mi conducto, saludan orgullosos con satisfaccion íntima, al nuevo Prelado, al amigo y al paisano, muchos; muchísimos alabeses.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Madrid, 18 de Setiembre de 1891.

